

lidad de la verdadera piedad cristiana; les deleitan los pensamientos que les inspiran sus inteligencias creyéndolos inspiraciones de lo alto, y tanto se apegan a ellos, que en la aferrada posesión que de ellos hacen en sus corazones muestran el mal espíritu que los fomenta y en ese mismo regalarse en tales bienes del propio natural hallan las almas la más dura penitencia, pues como dice el Beato montfortiano: «si les falta la sensiblería en sus prácticas creen que ya no hacen nada, se desalientan, todo lo abandonan y ya todo lo hacen atolondradamente, de cualquier manera.»

¡Desgraciadas almas! ¡Pluguiera al cielo que volvieran sobre sí, en especial las que están llamadas a seguir camino de perfección, recordando que la verdadera perfección está en la sincera devoción de hacer siempre la voluntad de Dios, y que la santidad más sólida se manifiesta en la más amarga desolación y abandonos divinos, y así, lejos de pegarse a los regalos del Esposo, apetecerían mejor el hacecillo de mirra que tanto agrada al divino Pastor que se regala en apacentar entre lirios sus ovejas. La falta de mortificación interior es la que engendra este espíritu de exterioridad, pues se huye del sacrificio interior por mil pretextos vanos, y más almas ponen su satisfacción en creer que los demás las juzgan buenas, y otras se convencen de que en lágrimas y suspiros, en cilicios y disciplinas, en largas y pesadas prácticas de piedad, en ayunos y vigiliias y en pasar las noches de claro en claro y en cosas exteriores semejantes, aunque sean muy santas, consiste el bien de sus almas, olvidándose de que la verdadera perfección está por dentro, como toda raíz vive escondida en el corazón de la tierra, para luego producir frutos sabrosos, y tanto más abundantes y sanos serán éstos, cuanto la raíz penetre más vigorosa en lo oculto de la tierra; las plantas sin raíz sólida apenas si resisten el menor impulso del vendaval que las azota, las almas que sólo viven de exterioridades y no de la humildad del corazón luego secunben ante la más liviana tentación que las atribula, por eso se desalientan y todo lo abandonan fácilmente, y tantos son los estragos que causa este espíritu de exterioridad que a muchas almas en el mundo les hace perder el espíritu verdadero de la fe, y por eso murmuran tanto, como dice nuestro Beato, de los que la tienen, y en la vida religiosa, no pocas almas, la mitad nos autoriza a contar la parábola de las vírgenes, pierden el sincero espíritu de esposa de Cristo que se regala sólo en el tálamo de la cruz con los que de veras se desposan con El, y lo que es más triste aún, no faltan personas religiosas que por seguir tan engañoso camino llegan al doloroso estado de perder hasta la vocación divina con que fueron llamadas a estado de mayor perfección.

Un Esclavo

**SE RUEGA A LOS SEÑORES SACERDOTES QUE RECIBAN
ESTA REVISTA LA DEN A CONOCER A SUS COMPAÑEROS.**
